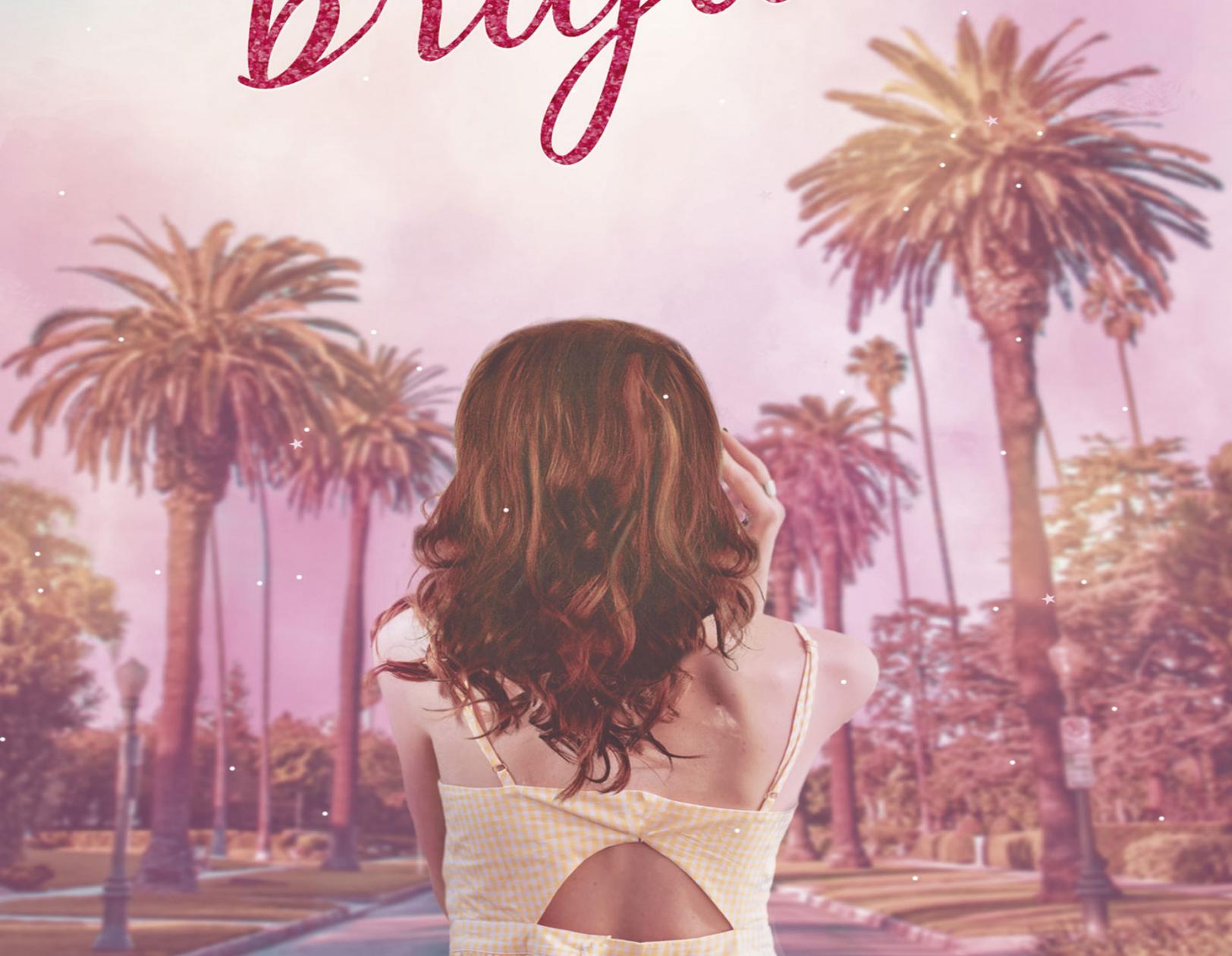


E S T E R I S E L

Sueños  
sin  
brújula



# SUEÑOS SIN BRÚJULA

Ester Isel

Plataforma  
Editorial



Primera edición en esta colección: septiembre de 2020

© Ester Isel, 2020

© de la presente edición: Plataforma Editorial, 2020

Plataforma Editorial

c/ Muntaner, 269, entlo. 1ª - 08021 Barcelona

Tel.: (+34) 93 494 79 99 - Fax: (+34) 93 419 23 14

[www.plataformaeditorial.com](http://www.plataformaeditorial.com)

[info@plataformaeditorial.com](mailto:info@plataformaeditorial.com)

ISBN: 978-84-18285-34-9

Diseño y realización de cubierta: Ariadna Oliver

Fotocomposición: Grafime

Reservados todos los derechos. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO ([www.cedro.org](http://www.cedro.org)).

# ÍNDICE

**Prólogo**

**Capítulo 1**

**Capítulo 2**

**Capítulo 3**

**Capítulo 4**

**Capítulo 5**

**Capítulo 6**

**Capítulo 7**

**Capítulo 8**

**Capítulo 9**

**Capítulo 10**

**Capítulo 11**

**Capítulo 12**

**Capítulo 13**

**Capítulo 14**

**Capítulo 15**

**Capítulo 16**

**Capítulo 17**

**Capítulo 18**

**Capítulo 19**

**Epílogo**

**Agradecimientos**

A mi familia

«Cada fracaso nos enseña algo que necesitamos  
aprender.»

CHARLES DICKENS



## PRÓLOGO

# Las cifras de mi vida

Mayo de 2021

**C**ontemplo el atardecer a través de la ventana y resigo las siluetas oscuras de los edificios con el dedo índice sobre el impoluto cristal. Es un cielo vacío, sin sol ni luna, aún desprovisto de estrellas y únicamente iluminado por una mezcla de rosa lavanda rodeado de pinceladas

violáceas que, sin motivo aparente, me conmueven. El perfecto lienzo que memorizar; una postal con la que evocar, en el futuro, las mismas emociones que experimento en este preciso instante.

Estoy en una habitación de hotel. En otro continente. A punto de perder la virginidad.

No hay nada malo en ello, ni siquiera alarmante o asombroso. Miles de personas tienen sexo a diario, no voy a ser la primera ni la última en buscar en Google la mejor postura, cuánto durará, si sentiré dolor, si llegaré al orgasmo. Mi amiga Cassidy me ha comprado varios conjuntos de ropa interior; lo que ella define como «algo sugerente» no es más que tela traslúcida que deja ver cada centímetro de mi piel. La llamaría para descargar mi historia, pero recuerdo la diferencia horaria entre Londres y Los Ángeles.

«Estás aquí», murmura mi mente estimulada por la adrenalina. Como si no hubiera costado esfuerzo alguno, como si acabase de materializarme de la nada en cuestión de segundos. Mi corazón late en consecuencia, siento el roce de esa realidad colarse por mis oídos, acariciarme los poros con un aliento invisible que me eriza el vello. De no ser por los nervios que vibran en mis entrañas, el *jet lag* me habría destrozado. Dos aviones, siete horas sobrevolando las nubes y tres perdiendo mi vida en el aeropuerto. Pienso en Connor, en su expresión afable perfilada por el flequillo cayéndole frente abajo hasta cubrirle un ojo, en sus carcajadas contagiosas que me invitan a apaciguar mi

pulso al ritmo de su armónica cadencia o en la sonrisa que alcanza su mirada para teñirla con fulgor, y merece la pena.

Me contemplo por enésima vez en el espejo, incómoda a causa del revelador estilismo. Con la gabardina, las gafas de sol y la peluca rubia que llevaba al entrar en el hotel estaría más decente. Detestaba disfrazarme al inicio, mi actitud era de cría insufrible al escuchar el alegato de mi mánager, Greg:

—Eres famosa, si quieres conservar tu privacidad, será mejor jugar al despiste con los *paparazzi*.

—No voy a ponerme eso —refuté señalando la ropa de camuflaje.

—Ya lo creo que lo harás —repuso con vehemencia—. Cuando te hartes de estar un mes en pijama sin salir de casa, alimentándote a base de comida precocinada, se convertirá en tu uniforme preferido.

—Ni lo sueñes —le advertí, porque desafiarle era más tentador que darle las gracias.

—Encargaré un par de pelucas más por si te cansas del color —sentenció sin inmutarse.

Tenía razón. Asumí que debía adaptarme a los cambios, por muy precipitados e inauditos que resultasen. Ya no podía ir de compras a un centro comercial sin que un grupo persistente me rodease para pedirme una fotografía. Tampoco podía cenar en restaurantes que no estuvieran dispuestos a cerrar al público unas horas o ir al cine a menos que comprase las entradas de la sala entera. Hacía demasiado que no veía a mis padres o que no quedaba con

Kassidy fuera de las cuatro paredes que empezaban a generarme claustrofobia, así que adopté otra identidad en el exterior. Desde entonces me cobijo en una máscara, entro y salgo de un coche a otro, me cuelo en los sitios para no ser perseguida ni retratada haciendo lo que todos hacemos: intentar disfrutar de una rutina normal.

Para mayor seguridad, cumplimos una serie de normas: nunca publicar la ubicación en la que me encuentro en redes sociales hasta haberme marchado, no informar con antelación de mis planes para evitar aglomeraciones y ni por asomo divulgar mis locales favoritos. Echo de menos las tortitas con chocolate blanco y Oreo de Ruelle's Place. Los dulces en general.

La prensa es mi enemiga excepto durante las entrevistas de cortesía. No me puedo quejar, hasta ahora he realizado pocas en comparación con actores de renombre, cantantes que empiezan a abrirse un hueco en la industria o modelos cuya popularidad en Instagram los ha catapultado al estrellato. A pesar de que mis encuentros con los medios no se dilatan más de cinco minutos, las preguntas se repiten hasta la saciedad y debo esforzarme a conciencia para dar contestaciones creativas en lugar de reincidir en los insulsos «Empecé subiendo un vídeo a YouTube en el que le declaraba mi amor a un chico del instituto», «Estoy en deuda con mis seguidores, sin ellos no estaría aquí» o «Me encantaría embarcarme en otros proyectos como el cine, pero mis energías a corto plazo se centran en el canal y en algo de publicidad».

Greg siempre se empeña en que converse un minuto con los periodistas antes de grabar. «De esa manera serás más natural, mantén una charla con el humano y no con el objetivo de la cámara», es su consejo de oro. En mis inicios era pésima, tartamudeaba tanto que me subtitulaban; una vez tiré el micrófono al suelo impulsada por la tensión. Lo que yo catalogaba de «hecatombe que arruinará mi carrera» fueron rasgos que mis fans consideraron encantadores, conductas con las que se identificaron al instante. Contra todo pronóstico, les caí aún mejor e incluso me nominaron a los Teen Choice Awards dos años consecutivos en la categoría de *Choice YouTuber*.

Las cifras de mi vida producen vértigo: diez millones de suscriptores en YouTube, cinco millones de seguidores en Instagram, dos millones y medio en Facebook, un millón doscientos mil en Twitter. A mis veinte años. Una locura que nació de forma fortuita, tras grabar uno de mis poemas en el móvil. Tenía quince y esa semana nos habían enseñado programas de edición en el instituto, así que fui más allá y le añadí música ambiental de fondo. Lo subí a YouTube creyendo que estaba configurado como vídeo privado hasta que Jake, el chico que me rompió el corazón y al que dedicaba el poema, me escribió disculpándose por ser un capullo. Habían pasado ya tres meses desde que tuve la maravillosa idea de titular a mi obra *Tu crueldad me mata a diario*. Mi visión se tornó borrosa al ver que iba por las 150.000 visualizaciones, 739 *likes* y 200 comentarios de apoyo.

Subí vídeos con mayor frecuencia sin saber qué era monetizar, cómo hacer transiciones aceptables o grabaciones sin sonido ambiente. En un año llegaron las propuestas publicitarias de marcas, regalos de productos para que promocionase en redes sociales, contraté a un contable para que se ocupase de los pagos y a Greg, el mánager más eficiente de California, para que gestionase mi agenda, vuelos, eventos y campañas. El término *imposible* no existe en su vocabulario; si quiere algo, hallará el modo de obtenerlo. Además de seguridad, me aporta la reconfortante sensación de pertenecer a un entramado común cuando emplea el plural: «Si nos hundimos, si fracasamos, si firmamos el contrato, si subimos de cifras».

Al igual que una moneda, la fama posee dos caras. Oportunidades, la escalera ascendiente a un paraíso privado, exaltaciones que dan sentido a tus latidos. También obligaciones, presión, interés mediático. Como la pintura sobre una pared desgastada, el éxito suprime manchas y fisuras una temporada, hasta que el sol, la humedad y las interacciones humanas las sacan a relucir de nuevo, evidenciando que cubrir los desperfectos no los hace desaparecer. Y el estado en el que encontrarás algo desatendido resulta, a la larga, fatídico. En mi familia, el disgusto comenzó al comunicarles a mis padres, por videollamada, que dejaba la universidad.

—Apenas llevas un semestre —lamentó mi madre mientras frotaba los restos de pudín que se le derramaron

sobre el delantal—. Puedes compaginar ambas cosas y decidir más adelante.

—Los estudios deberían ser tu prioridad —exclamó mi padre golpeando la mesa. Me sobresaltó su reacción, pues es el más indulgente de casa.

—Sabía que esto iba a pasar —rio entre dientes Brinley, mi hermana pequeña.

Estaba en primero de Literatura, mis aspiraciones eran dar clases de Lengua, aunque ese porvenir intangible no me apasionaba. Nada lo hacía, siempre fui una estudiante dispersa y mediocre. Si mis profesores hubieran hecho una apuesta sobre el alumno que se independizaría antes, sin duda Sophie Dylan no encabezaría los primeros puestos.

La vibración del teléfono me avisa de que Connor llegará en quince minutos. Enciendo las velas con aroma a vainilla y tomo asiento en el borde de la cama en busca de una canción lenta y emotiva en mi lista de reproducción. Es la tercera vez que vamos a vernos en persona, la primera de ellas en la que estaremos solos al fin. Nuestra relación, como la mayoría de las vivencias de mis últimos años, ha sido a través de una pantalla.

Nos conocimos por Instagram, mediante mensaje privado. Fue una especie de milagro que llegase a leerlo teniendo en cuenta la cantidad de solicitudes que recibo al día; Greg se encarga de responder o de eliminar dependiendo del contenido. Por suerte, Connor fue solo para mí. Escuetto y directo, tierno y un tanto cursi: «Escucho tus poemas a diario, estoy enamorado de tu voz».

La curiosidad me obligó a teclear: «¿Puedo escuchar la tuya?». Intercambiamos números, algo que mi mánager no habría aprobado, pero a Cassidy le encantó la idea.

Me gustó que su cuenta de Instagram no tuviera ni una sola foto de él; no publicaba más que paisajes, puestas de sol e imágenes de los conciertos a los que iba. 128 discretos seguidores. Siguiendo a 57, todos ellos familiares y amigos, excepto yo.

—No utilizo mucho las redes sociales —me explicó en una de las primeras notas de voz de WhatsApp.

La mejor frase que he oído en mucho tiempo.

Escribía con una ortografía impecable y su acento británico era irresistible, por no hablar de sus gustos musicales. Pese al desajuste de horas, chateábamos a diario y hacíamos malabarismos con las franjas de trabajo y sueño para enviar mensajes de «Buenos días», «Te echo de menos», «Acabo de poner uno de tus audios con los ojos cerrados para imaginar que estás a mi lado antes de irme dormir». No quise hacerme ilusiones hasta tenerlo frente a mí, en carne y hueso; estaba segura de que un chico tan perfecto no podía ser real.

—¿Y si tiene novia? —preguntaba Kass.

—Hemos pasado millones de horas por Skype.

—¿Y si la novia está en otro país?

—No seas así. —Me indignaba, pero en mi fuero interno rogaba para ahuyentar ese pensamiento.

—¿Y si tiene alguna manía insoportable, como llevar la misma ropa durante una semana o no usar desodorante?

—Kassidy, déjalo ya.

—¿Y si es un fan loco de esos que llevan cuerdas y cuchillos en el maletero para asesinarte, suicidarse él después y que vuestra historia sea eterna?

—¿Y si le damos una oportunidad al amor?

Se la di. «Y estás aquí», me reitero.

Corro hacia la puerta con el corazón desbocado al advertir nuestro código secreto: golpear cuatro veces con los nudillos y una palmada final. Sin quitarse la capucha, Connor me da un beso de los que elevan del suelo y nublan mis sentidos, convirtiéndole en mi única razón para existir. En ocasiones creo que lo es, y me abruma; ojalá pudiéramos estar cada segundo de cada hora juntos, abrazados, besándonos hasta olvidar nuestros nombres y extinguir las voces que me arrojan a la oscuridad, despedirme de las agendas y los sitios en los que estar, anotar cada tarea pendiente en una hoja y lanzarla por una de las ventanillas de avión que tanto odio hasta que la presión atmosférica la hiciera añicos.

—No te imaginas cuánto te he echado de menos —susurro contra su boca, y percibo el frío calado en sus labios.

—Yo más, mucho más —confiesa trazando un reguero de caricias por mi cuello que diluye los nervios y los transforma en deseo.

Damos unos pasos en dirección a la cama sin dejar de abrazarnos.

—Ropa interior innovadora —musita con una amplia sonrisa.

Me sonrojo de pies a cabeza. Intento cubrirme el pecho, pero me sujeta las manos con suavidad y las aparta de mi cuerpo, permitiéndole ver más de lo que debería.

—¿Podemos apagar la luz? —ruego. Se me antoja imprescindible una pizca de negrura en la que ocultar mis sombras.

Sus ojos se posan sobre los míos para tratar de descifrar las inseguridades que hay tras mi petición. No las conoce todas, nadie lo hace, se me da extremadamente bien esconder mis cicatrices a los demás. Llevo años entrenando frente a una cámara, fingiendo que poseo dotes innatos para la interpretación, siendo un prisma con múltiples personalidades.

El silencio, ese forastero que me visita con menor asiduidad desde que soy una figura pública, se apodera de la habitación y me estremece. No hay nadie más, apenas dos cuerpos a punto de fundirse en uno, la escena es insólita. Me he acostumbrado a convivir con los gritos, miles de voces que corean mi apodo, pupilas y objetivos que juzgan, que me escrutan al milímetro en busca de detalles dignos de mención: una cremallera bajada, una mancha de pasta de dientes, una punta de pelo que se niega a caer en unísono junto a las demás. Esta tarde hay un individuo contemplándome, el más importante, y eso me genera temblor en las manos, sequedad en la garganta, torpeza en cada una de mis extremidades si reflexiono en

que nos quitaremos la ropa y nada será igual. Los celos me alcanzan y me tornan una masa aturdida, débil y confusa.

—¿Estás segura? —inquire Connor como si reparase en mi vacilación.

—Contigo, de cualquier cosa. —Mi voz suena distinta, cargada de pasión.

—Está bien —murmura dándome un beso casto en el cabello, desnudándose él también.

La sudadera vuela por los aires en dirección a la puerta y su camiseta interior cae sobre la alfombra, al igual que los pantalones sin desabrochar siquiera el cinturón. Connor se deshace con agilidad de los calcetines y podría decirse que lleva puesta la misma proporción de tela que yo. Estamos en igualdad de condiciones. Nos tumbamos y provocamos un crujido sonoro de los muelles del colchón. Sus labios me rozan con ternura, las yemas de sus dedos me acarician el vientre y nuestras piernas enroscadas imitan la batalla que libran nuestras lenguas sedientas. De repente, recuerdo que no he llegado a escoger una canción.

—Necesitamos música —exclamo entre jadeos.

Quiero que sea perfecto. Tiene que serlo.

—¿Música?

—Una canción. Para que la escuchemos y pensemos en este momento. En nosotros.

—Vale, vamos a buscar esa canción —accede, y se aparta de mí para que me ponga en pie y remueva el contenido del bolso.

Indago entre las melodías de mi iPhone, husmeo varios canales de YouTube y le hago sacar el teléfono por si tiene alguna propuesta. No se queja, no rechista ni me mete prisa, espera pacientemente y asiente al encontrar *The book of love*, de Peter Gabriel. Tópico, pero nos da igual. Selecciono la repetición en bucle para que sean los acordes que suenen esta tarde, toda la noche, y le doy la espalda pidiéndole sin palabras que me termine de desnudar.



## CAPÍTULO 1

# Cuatro millones de suscriptores

Julio de 2020

[ En Los Ángeles, al contrario que en mi pueblo natal, casi siempre es verano. Atrás quedaron los inviernos gélidos en los que las calles de Detroit se transformaban en

improvisadas pistas de hielo, se precisaban mantas polares para conciliar el sueño y salir al exterior sin abrigo, botas de agua y guantes era un deporte de riesgo. «Daría cualquier cosa por notar el azote del viento en las mejillas», cavilo secándome las palmas de las manos, pegajosas de sudor, contra la tela vaquera del pantalón. Extraño ese aroma indescriptible a frío que se cuele a través de tus fosas nasales, por los labios entreabiertos hasta acariciarte la garganta, adueñándose de un centímetro de piel desprotegida, embriagándote mediante un cielo plateado que te desarma y activa cada célula de tu cuerpo.

Hace algunos meses, cuando el efecto de vivir en California pasó, descubrí que no me gustaba tanto el calor. Adquirí el gesto de secarme la frente con el brazo, de resoplar y bajar la ventanilla para agitar la mano en señal de hastío en mitad de un atasco o de caminar con el móvil entre los dedos para sentirme arropada, protegida, querida en un estado que me viene grande. A marchas forzadas, me acostumbré a sacar el coche para ir a cualquier parte o que cada uno de mis vecinos fuera famoso. Uno por uno, los mitos cayeron.

Mi primer apartamento fue compartido con cinco *youtubers* con los que colaboraba semanalmente en el canal grupal *Laughs And Crushes* realizando vídeos de humor. Era estupendo vivir acompañada, entrar en una pandilla de amigos que me asesoraba sobre las mejores cafeterías, las horas menos concurridas para conducir o las localizaciones más impresionantes para hacer fotografías

de esas que te oprimen el estómago y se graban en tu memoria. Por aquel entonces estaba sola, sin equipo de trabajo ni amigos. Con ellos sentía que hablábamos el mismo idioma y nadie se desconcertaba al escuchar al compañero conversar solo frente a una cámara o saltar del sofá con apremio para anotar una idea ingeniosa. Era similar a encontrar a un turista de tu misma ciudad en un viaje por el extranjero: puede que no nos unieran demasiadas cosas, pero la conexión fue instantánea. Se convirtieron en mi pilar indispensable.

El ambiente se crispó al ver que mis colaboraciones eran las que más visualizaciones conseguían con diferencia, aunque había sido la última en incorporarse. Los oía cuchichear, consultar qué temas había preparado para los próximos *sketches* con la intención de anticiparse, todos querían que hiciera apariciones en sus canales principales y me pedían que compartiera imágenes en las que los etiquetara para aumentar seguidores. De la noche a la mañana, se originó una competición en la que yo era el premio y cada uno de ellos tiraba de mis extremidades en direcciones opuestas. Consideré que la solución era dejar el canal colectivo, pero mi decisión no fue bien recibida y me tacharon de «oportunista, aprovechada, codiciosa y condenada al fracaso». Salieron a la luz las envidias y el rencor; ese es el motivo por el que no elaboro contenido para ningún canal que no sea el mío, Sophie's Mind.

Tras ese episodio me mudé a Brentwood, concretamente a una casa de dimensiones exageradas cuyo alquiler

hubiera sido más inteligente invertir en la compra de una propiedad. Era frecuente salir a por un café a Starbucks y cruzarte con Jim Carrey o Jessica Biel. Busqué un equipo serio con el que desarrollar mi proyecto y cinco meses después adquirí mi propia vivienda. Le pedí a mi contable que revisara cada letra pequeña del contrato de compraventa con minuciosidad y le entregué las copias a Greg para que lo guardase bajo llave junto con el resto de los documentos que gestiona a diario.

Pacific Palisades es mi hogar desde entonces, y sus vistas al océano Pacífico y a las montañas de Malibú cortan la respiración. Despierto con el sonido de las gaviotas sobrevolando las olas; es agradable oler la brisa marina, escapar a la playa para una hora de desconexión, llegar al centro urbanizado en apenas veinte minutos y regresar al nirvana de las puestas de sol que te dejan sin aliento. La gran desventaja: que la naturaleza se vea relegada a un segundo plano por el constante runrún de las cámaras y un par de periodistas que vociferan chismes descabellados para conseguir una exclusiva jugosa con la que ascender profesionalmente de reportero de calle a redactor serio de oficina con aire acondicionado. Si obviamos ese hecho, mi barrio es el sitio perfecto en el que habitan estrellas cuyos nombres desconozco. Sonará ridículo, pero estaba harta de no saber qué ponerme para dar un simple paseo por los alrededores; el pensamiento de que tropezaría con Brad Pitt en cualquier esquina me obsesionaba. Lo sé, problemas del primer mundo.

—Te va a encantar —le prometí a mi madre por teléfono cuando le mandé imágenes de mi nueva residencia.

Cautivada por el contraste plomizo de la fachada con flores de todos los rosas existentes en la escala cromática, resultó fácil dar un adelanto. Quizá fue por las plantas, que estaban en perfecto estado, ninguna mustia o comida por los insectos; eso le daba un toque hogareño, las habían estado cuidando a pesar de que nadie vivía allí desde hacía dos años. «La dueña tiene predilección por la jardinería», comentó el chico de la inmobiliaria. Preferí no indagar acerca de su identidad, a día de hoy solo sé que se trata de una cantante ganadora de un Grammy.

El número 2 de Hilson Residential es un castillo para mí, un domicilio discreto a ojos de mis vecinos. De doscientos metros cuadrados, rodeado por una valla de hormigón imponente, con dos plantas conectadas a través de una escalera de caracol caoba. Cuenta con tres amplios dormitorios, dos baños, jardín con piscina en la parte trasera y un garaje que podría dar cabida a una docena de todoterrenos mal aparcados. Espacio desaprovechado que solo ocupan el Mercedes Berlina Clase C plateado que me regalaron tras una campaña en febrero y el discreto Audi A3 Sedán negro sin marchas. Una utopía, mi realidad.

—Ha quedado preciosa —afirmó Cassidy, mi mejor amiga, al mostrarle el resultado final—. Aunque con un modelo desnudo deambulando de un lado a otro se revalorizaría.

—Estás loca —repliqué entre risas.

—Ya lo sabes; si me preguntas, te diré la verdad. Incluso mis fantasías más perversas.

Kass es así, espontánea. La fuerza que te empuja hacia abajo y te coloca los pies en la tierra si intuye que te alejas de los mortales. Su comida preferida son unos simples macarrones con queso, usa cubiertos de plástico y detesta ir al gimnasio. Su automóvil, un dos plazas de segunda mano que la deja tirada con frecuencia, tiene los retrovisores pegados con cinta aislante. Y no le inquieta. De hecho, ella misma le dio el primer golpecito a propósito para no preocuparse más.

—Tarde o temprano iba a suceder —fue su argumento—. Prefiero asumirlo y pasar página.

Lleva desde los dieciséis trabajando como peluquera y maquilladora *freelance* para sesiones fotográficas y eventos. Aun teniendo solo tres años más que yo, en ocasiones se me antojan tres siglos repletos de sabiduría y consejos útiles que jamás se aplicará a ella misma. Desde que Greg la contrató para la grabación de un vídeo promocional de un conocido parque de atracciones, somos inseparables.

Además de formar parte del equipo, su personalidad arrolladora atenúa la melancolía de vivir a 3.700 kilómetros de mi familia. Adorarla es fácil, encarna lo opuesto al estereotipo de Hollywood. Ni es millonaria ni excéntrica, todo lo que sabe de la fama es a través de los clientes que la contratan y de los que nunca habla mal, solo murmura con despecho su mantra, «Si fuera a un programa de

televisión a contar tus mierdas...», cada vez que la llaman para pedirle favores de última hora que no le pagarán.

—No me acostumbro a tu palacio —recalca mientras entra en el salón e inspecciona la estancia como si fuera la primera vez que la ve. Cuando me mudé a California esa era mi reacción: devorar cada decorado con los ojos a punto de salir de las cuencas, maravillada por comidas, árboles, playas, prendas fabricadas en China, pero que vislumbraba en torno a un halo hipnótico por encontrarse en el lugar en el que los sueños se cumplen.

Aprovechando que su día libre coincide con mi tarde de grabación, he invitado a Kass a casa para que me ayude con el especial *unboxing* de regalos de mis seguidores y así agradecer que hayan enviado cartas y paquetes a mi apartado de correos.

—¿Cuántas horas va a durar el vídeo? Tienes más de treinta cajas —exclama mi amiga con gesto abatido.

Se ha cambiado el color del cabello, que cae ondulado por su espalda como una cascada infinita, ahora de un tono avellana con reflejos claros que resaltan el gris de su mirada. Viste ropa deportiva ancha de colores vivos sin combinar estampados; ella misma se define como «un poquito hortera». Es diez centímetros más baja que yo, pero lo compensa con creces llevando tacones y plataformas. Sin esperar mis indicaciones, se abalanza sobre una bolsa de plástico precintada y la rasga con habilidad para descubrir su contenido al tiempo que se descascarilla dos uñas de su transgresora manicura flúor.

—Dios, Sophie, ¿quién te manda eso? —inquire fulminando un consolador negro con mis iniciales grabadas en letras púrpura.

—Alguien perturbado. —Me encojo de hombros, lo alarmante es que me haya habituado a recibir regalos así.

—Estoy harta de los peluches de oso, ¿no podrías haber dicho que te gustaban los anillos de Swarovski?

Un aspecto vital que tener en cuenta: tus seguidores anotarán, memorizarán y te obsequiarán con cualquier peluche, chocolatina o prenda que confieses que te apasiona. El garaje repleto de osos polares es la prueba de ese dato que desvelé en un *Preguntas y respuestas* que tomaron al pie de la letra.

—Tengo dinero para comprármelos, Kass.

—Ya, pero yo no.

Me levanto para ajustar la posición del trípode y la cámara. Saco dos focos y los enciendo, mi amiga empieza a sacudir una mano para darse aire y bufa.

—¿No puedes grabar sin esas cosas? —Apunta a las luces con expresión acusadora—. Estamos en julio.

Le doy la razón, aunque a estas alturas me he habituado al bochorno. Condenarte a un verano perpetuo a cambio de vivir tu sueño es un precio que estoy dispuesta a pagar.

—Hay que sufrir para disponer de buena luz —objeto.

—Retócala al editar como hacen en las pelis.

Podría haber prestado atención en el curso al que Greg me obligó a asistir.

—No soy tan hábil para eso —confieso.

—*Youtubers*, no sabéis hacer más que vender productos que no necesito —se mofa recogiendo el pelo en un moño despeinado.

—Calla y deja de moverte o no encuadraré nunca.

Giro la cámara ligeramente hacia la derecha para que se vean las placas de plata y oro que envió YouTube cuando alcancé los cien mil y el millón de suscriptores, respectivamente. El próximo objetivo es la de diamante, cruzo los dedos.

—¿Viste el restaurante que te mandé? —pregunta Cassidy, ya es la quinta vez.

—Por dónde.

—Instagram.

Suelto una carcajada irónica.

—Las notificaciones están desactivadas, es imposible que encuentre mensajes tuyos entre tantas solicitudes pendientes.

—¿Nos apostamos esa caja de ropa? —me reta clavando la vista en un paquete del tamaño de una lavadora situado en la esquina más cercana a la puerta.

—Todo tuyo. —Dejo que agarre mi móvil, sabe de memoria la contraseña de la de veces que ha descolgado las llamadas de Greg fingiendo que estoy en la ducha cuando en realidad he salido sin dar explicaciones.

—¡Ajá, lo tengo! —grita con entusiasmo agitando la pantalla—. Echa un vistazo a las fotos y dime que esos platos no merecen un monumento.

—Voy a estar muy ocupada —admito. Pulso el botón de grabar y me acomodo en la alfombra, a su lado.

—¿Eso quiere decir que nada de bufés libres por ahora?

—Fotografías en bikini. —Se me revuelve el estómago al recordarlo—. Mejor no.

—Bueno, ¿al menos puedo llevarme el bolso canela de Michael Kors? —Me dedica una de sus miradas de cachorrito y parpadea sin cesar, adquiriendo el aspecto de un dibujo animado.

—Claro. —Con Kass comparto la ropa de colecciones nuevas que llega a mi puerta antes que a las tiendas, sesiones gratis en balnearios, invitaciones a restaurantes y las gratificaciones que la profesión pone a mi alcance—. Pero despégate del iPhone porque tenemos que empezar a grabar el vídeo.

—Te pagaré con mis contactos para encontrar trabajo cuando este decorado desaparezca —comenta meneando las manos a nuestro alrededor. Bromea, sé que lo hace, pero la simple idea de enfrentarme a lo desconocido me genera incertidumbre—. Oh, espera. Mira esto.

Señala la pantalla, una solicitud de un tal Connor Lascher.

—Ni se te ocurra responder —advierto.

Eso suele acarrear consecuencias: notificaciones constantes, preguntas incómodas, amenazas.

—¿Por qué no? Es supermono.

—Todos lo son, y, si les pones una simple frase de agradecimiento, me avasallarán. Sigo maldiciendo la noche

en la que contestamos privados de fans.

—Internet y vino no son una buena combinación.

—Perfecto, ignora el móvil y céntrate en la cámara. —Le coloco un dedo en la barbilla y presiono hacia arriba.

—Pero es para morirse de amor, de verdad. —Me entrega el teléfono con su mensaje en pantalla.

«Escucho tus poemas a diario, estoy enamorado de tu voz.»

Empalagoso y conciso. Mentiría si dijera que una parte de mí no siente curiosidad.

—Llevas mucho rato leyendo el texto —ríe mi amiga.

—Yo... No... —Noto cómo me arden las mejillas, la combustión va más allá de las altas temperaturas y sería estúpido culpar de ello a Los Ángeles. Consciente de lo absurdo que es negar la evidencia, confirmo que una simple oración me ha provocado cosquillas en las entrañas.

—Te ha gustado.

—No es lo típico que acostumbro a recibir.

Mi público se compone de chicas, la mayoría de entre doce y dieciocho años. Las limitadas interacciones que he leído del género masculino resaltan mis atributos físicos o hacen insinuaciones sexuales explícitas.

—¿Es guapo? —Kass se aproxima para pegar la nariz a mi brazo, arruinando mi encuadre por completo.

—No lo sé, solo publica atardeceres, cielos tristes, nubes... O conciertos.

—¿Qué tipo de música?

—*Indie*.

—Aceptable.

—128 seguidores y sigue a 57 —informo examinando detenidamente su perfil de arriba abajo.

—Genial, es discreto. No te recomiendo salir con un guaperas famosísimo.

—¿Quién ha hablado de salir? —Arqueo una ceja y finjo que el fugaz pensamiento de tener una cita con ese extraño no ha cruzado mi mente.

—Tus ojos brillando, tu sonrisa de idiota, el hecho de que hayas olvidado la maldita cámara y sigas observando sus fotos de meteorólogo frustrado...

—No debería responder.

—Pero te mueres de ganas.

—¿Tan malo sería?

—Si me pides consejo como espectadora, te diré que te alejes de él. Saldrá contigo y luego se dedicará a escribir libros sobre vuestra relación como hace Taylor Swift en cada CD.

—Igual que hacen la mayoría de artistas, sean hombre o mujer —puntualizo—. Además, no te he pedido consejo.

—Como amiga, sal con él —opina ignorando mi comentario—. Parece una película de esas cursis. A menos que sea un pirado, ¿cómo consultamos sus antecedentes? Tengo el número del equipo de seguridad de Madonna y me deben varios favores...

Antes de que tome una decisión, la pantalla de mi móvil se ilumina con el nombre de Greg.